



Beatrix Potter

El cuento de la
Oca Carlota

E LEJANDRIA



Beatrix Potter

El cuento de la
Oca Carlota



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CUENTO DE LA OCA CARLOTA

BEATRIX POTTER

PUBLICADO: 1908
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: FREDERICK WARNE Co., INC., NEW
YORK 1908

EL CUENTO DE LA OCA CARLOTA



¡Qué estampa tan graciosa es ver una nidada de patitos con una gallina!

—Escuchad la historia de Carlota Pata del Charco, que estaba muy molesta porque la mujer del granjero no la dejaba empollar sus propios huevos.



Su cuñada, la señora Rebeccah Pata del Charco, estaba perfectamente dispuesta a dejar que empollara otra:

—Yo no tengo paciencia para sentarme en un nido durante veintiocho días; y tú tampoco, Carlota. Dejarías que se enfriaran; ¡ya sabes que sí!

—Quiero empollar mis propios huevos; los empollaré yo sola —graznó Carlota Pata del Charco.



Intentó esconder sus huevos; pero siempre los encontraban y se los llevaban.

Carlota Pata del Charco se desesperó por completo. Decidió hacer un nido bien lejos de la granja.



Se puso en camino una hermosa tarde de primavera, por el camino de carros que sube por la colina.

Llevaba puesto un chal y una capota.



Cuando llegó a lo alto de la colina, vio un bosque a lo lejos.

Pensó que parecía un lugar tranquilo y seguro.



Carlota Pata del Charco no tenía mucha costumbre de volar. Corrió cuesta abajo unos metros, agitando el chal, y luego se lanzó al aire.



Volaba maravillosamente bien una vez que había tomado impulso.

Pasó rozando las copas de los árboles hasta que vio un claro en medio del bosque, donde habían talado los árboles y despejado los matorrales.



Carlota aterrizó con bastante pesadez y empezó a caminar de un lado a otro, contoneándose, en busca de un lugar seco y adecuado para hacer el nido. Le gustó bastante un tocón entre unas altas dedaleras.

Pero, sentada en el tocón, descubrió con sobresalto a un caballero elegantemente vestido que leía un periódico.

Tenía unas orejas negras y puntiagudas, y unos bigotes color arena.

—¿Cuac? —dijo Carlota Pata del Charco, con la cabeza y la capota ladeadas—. ¿Cuac?



El caballero levantó los ojos por encima del periódico y miró a Carlota con curiosidad.

—Señora, ¿se ha perdido usted? —dijo.

Tenía una cola larga y espesa, sobre la que estaba sentado, pues el tocón estaba algo húmedo.

A Carlota le pareció muy cortés y apuesto. Le explicó que no se había perdido, sino que buscaba un lugar seco y adecuado para hacer el nido.



—¡Ah! ¿De veras? ¡Vaya, vaya! —dijo el caballero de los bigotes color arena, mirando a Carlota con curiosidad.

Dobló el periódico y se lo guardó en el bolsillo trasero de la chaqueta.

Carlota se quejó de la gallina entrometida.

—¡De veras! ¡Qué interesante! Me gustaría encontrarme con esa ave. ¡Yo le enseñaría a ocuparse de sus propios asuntos!



—Pero en cuanto al nido, no hay ninguna dificultad: tengo un saco lleno de plumas en mi cobertizo. No, mi querida señora, no molestará a nadie. Puede quedarse allí sentada todo el tiempo que quiera —dijo el caballero de larga cola espesa.

La condujo hasta una casa muy apartada, de aspecto lúgubre, entre las dedaleras.

Estaba construida con haces de ramas y terrones de césped, y tenía dos cubos rotos, uno encima del otro, a modo de chimenea.



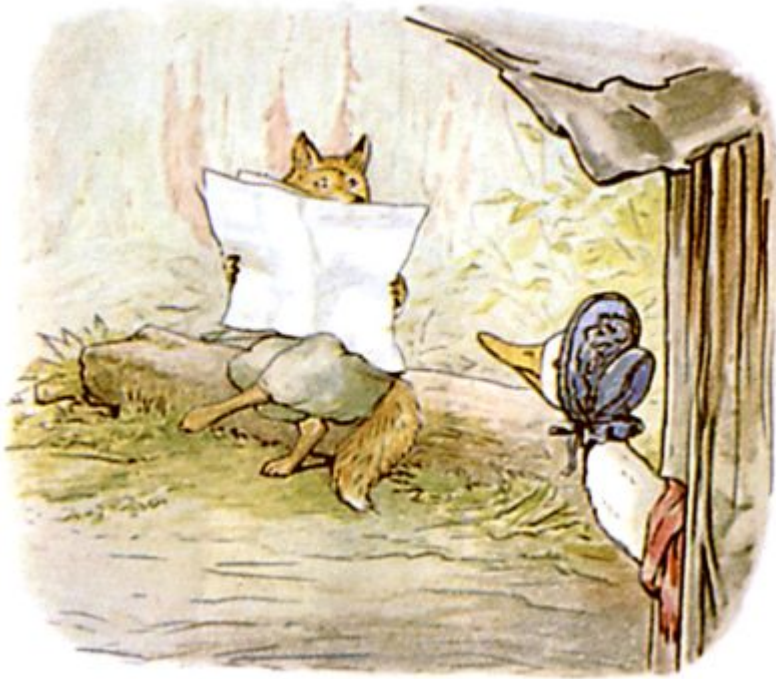
—Esta es mi residencia de verano; mi madriguera, mi casa de invierno, no le resultaría tan cómoda —dijo el hospitalario caballero.

En la parte trasera de la casa había un cobertizo medio derruido, hecho con viejas cajas de jabón. El caballero abrió la puerta e hizo pasar a Carlota.



El cobertizo estaba casi completamente lleno de plumas; casi sofocaba entrar allí, pero era cómodo y muy blando.

Carlota Pata del Charco se sorprendió bastante al encontrar una cantidad tan enorme de plumas. Pero era muy confortable, y pudo hacer un nido sin ninguna dificultad.



Cuando salió, el caballero de bigotes color arena estaba sentado sobre un tronco leyendo el periódico; o, al menos, lo tenía desplegado, aunque miraba por encima de él.

Era tan cortés que casi parecía lamentar que Carlota se marchara a casa a pasar la noche. Le prometió que cuidaría muy bien de su nido hasta que regresara al día siguiente.

Dijo que le encantaban los huevos y los patitos; se sentiría orgulloso de ver una hermosa nidada en su cobertizo.



Carlota Pata del Charco acudía todas las tardes; puso nueve huevos en el nido. Eran grandes y de un blanco verdoso. El caballero zorro los admiraba muchísimo. Solía darles la vuelta y contarlos cuando Carlota no estaba allí.

Por fin, Carlota le dijo que pensaba empezar a empollar al día siguiente.

—Y traeré conmigo una bolsa de grano, para no tener que abandonar nunca el nido hasta que los huevos se abran. Podrían coger frío —dijo la concienzuda Carlota.



—Señora, le ruego que no se moleste con ninguna bolsa; yo le proporcionaré avena. Pero antes de que comience su tediosa incubación, tengo intención de ofrecerle un agasajo. ¡Celebremos una cena solo para nosotros dos!

»¿Puedo pedirle que traiga unas hierbas del huerto de la granja para preparar una sabrosa tortilla? Salvia y tomillo, y menta, y dos cebollas, y un poco de perejil. Yo pondré la manteca para el relleno... la manteca para la tortilla —dijo el hospitalario caballero de bigotes color arena.



Carlota Pata del Charco era una ingenua: ni siquiera la mención de la salvia y las cebollas la hizo sospechar.

Recorrió el huerto de la granja, mordisqueando ramitas de todas las distintas hierbas que se usan para rellenar un pato asado.



Y entró contoneándose en la cocina, y sacó dos cebollas de una cesta.

El perro collie Kep se la encontró al salir.

—¿Qué haces con esas cebollas? ¿Adónde vas todas las tardes tú sola, Carlota Pata del Charco?

Carlota le tenía bastante respeto al collie; le contó toda la historia.

El collie escuchó con su sabia cabeza ladeada; sonrió cuando ella describió al cortés caballero de bigotes color arena.



Le hizo varias preguntas sobre el bosque y sobre la posición exacta de la casa y del cobertizo.

Después salió y trotó hasta el pueblo. Fue a buscar a dos cachorros de foxhound que estaban de paseo con el carnicero.



Carlota Pata del Charco subió por el camino de carros por última vez, en una tarde soleada. Iba bastante cargada con manojos de hierbas y dos cebollas dentro de una bolsa.

Voló sobre el bosque y aterrizó frente a la casa del caballero de larga cola espesa.



Él estaba sentado sobre un tronco; olfateaba el aire y no dejaba de mirar inquieto alrededor del bosque. Cuando Carlota aterrizó, dio un buen brinco.

—Entra en la casa en cuanto hayas mirado tus huevos. Dame las hierbas para la tortilla. ¡Date prisa!

Estaba bastante brusco. Carlota Pata del Charco nunca lo había oído hablar de aquella manera.

Se sintió sorprendida e incómoda.



Mientras estaba dentro, oyó patitas que correteaban por la parte trasera del cobertizo. Alguien con la nariz negra olfateó la parte de abajo de la puerta y luego echó el cerrojo.

Carlota se alarmó muchísimo.



Un momento después se oyeron los ruidos más espantosos: ladridos, aullidos, gruñidos y gemidos, chillidos y quejidos.

Y nunca volvió a verse nada más de aquel caballero de bigotes zorrunos.

Al cabo de un rato, Kep abrió la puerta del cobertizo y dejó salir a Carlota Pata del Charco.



Por desgracia, los cachorros entraron corriendo y devoraron todos los huevos antes de que él pudiera detenerlos.

Kep tenía un mordisco en la oreja, y los dos cachorros cojeaban.



Carlota Pata del Charco fue acompañada a casa entre lágrimas por culpa de aquellos huevos.



Puso algunos más en junio, y le permitieron quedárselos ella misma; pero solo salieron cuatro patitos.

Carlota Pata del Charco dijo que fue por culpa de los nervios; pero lo cierto es que siempre había sido una mala empolladora.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB